

## CAPÍTULO VII.

### EL AÑO 1876, PRIMERO DEL ORIGEN DEL SANTUARIO.

Así concluyó el primer año del origen de esa Iglesia, porque como yo fabricaba *con economía*, es decir pagando diariamente los obreros, no convenía continuar los trabajos durante el invierno cuando los días son más cortos y es preciso suspender la obra á veces, por causa de las lluvias ó de los vientos fríos. Además yo empleaba el invierno en ir con la Condesa por las casas de Nápoles para recoger las oblaciones y procurar nuevos agregados.

Hasta el 15 de Noviembre de aquel año, encontré en mis registros haber gastado, *siete mil trescientas setenta liras y diez céntimos*.

Había recojido *cuatro mil novecientas cuarenta y cinco liras y ochenta y cinco céntimos*. Faltaban pues, dos mil cuatrocientas cuatro liras, y treinta y cinco céntimos para pagar cal, piedras, carretas y cosas semejantes.

El día de la fiesta que como queda dicho fué el último Domingo de Octubre, puse de manifiesto un cuadro en el que estaban escritos los nombres de los donadores, las dádivas ofrecidas, las

sumas de gastos é ingresos con la firma del arquitecto director Señor Antonio Cua.

Pero cuando el Obispo de Nola vió que los gastos superaban los ingresos se quejó conmigo, no teniendo ganas de tomar parte en la deuda, habiendo siempre seguido la *regla de no gastar más de lo que se tiene*. Daba con gusto, dirección, consejo y concurso; pero tomar parte en las obligaciones que empezaban con superar el ingreso, eso no lo quería absolutamente.

Pero yo, sentía ya en mi alma una fuerza y un vigor sobrenatural; pues con sér el cuerpo débil y cansado por largas enfermedades, el espíritu al contrario estaba lleno de una santa embriaguez que no me permitía pensar en otra cosa que en el *Templo del Señor* en Pompeya.

En mi imaginación la elevación de un templo se presentaba como una fuente en la que se lavaba el alma de sus culpas, y además me parecía ver el cielo sonreírme y arrimarme á la vista de tantos prodigios. De lo que sacaba nuevas fuerzas en los momentos más terribles de dudas y desconsuelos, y me daba mayor confianza en la Providencia. Además sentía como un presentimiento que dominaba mi alma, y era que aquel Templo había sido cuidadosamente preordinado *alli, donde se puede lo que se quiere*; de modo que si quisieran ó nó los hombres, la cosa debía seguir siempre adelante. Por eso pude calmar enseguida á aquel



Prelado, asegurándole que yo estaba dispuesto á tomar sobre mí aquella deuda y las demás que sobreviniesen, con la persuasión de que el cielo no me abandonaría nunca.

Y así he obrado siempre cada año hasta el presente.

¿Fué ilusión?

Cierto que no era conductor según la vía ordinaria de la prudencia humana, máxime en aquella época de incertidumbre en el resultado de la empresa, era casi una temeridad.

Pero siendo yo ferviente admirador y humilde secuaz del caritativo y amado P. Andovico de Casoria, que era para mí como un San Francisco vivo, me dejaba guiar por otro juicio, que su buen éxito ha demostrado ser recto y según Dios. Ese juicio, según la mística de los Santos, y no según la razón de los filósofos era el siguiente:

Cuando Dios desde el principio se revela en una obra con la intervención extraordinaria (y esto lo muestra con prodigios), entonces por su infinita bondad y misericordia inefable, el hombre á quien Él encubre en una obra de su elección, se vuelve instrumento de su Providencia y le infunde en el alma junto con el fuerte deseo del bien, una gran seguridad de acierto. No le hace ver los fantasmas de los obstáculos, que pudieran entonces debilitarlo desde los primeros pasos, al contrario, lo atrae

poterosamente con la visión de la hermosura del bien.

De esto provenía que, por misericordia de Dios, no me importaban los juicios que en aquel tiempo los hombres hacían de mí y de la obra que con razón y según las apariencias reputaban por lo menos raza ó efecto de exaltación religiosa, ó de natural *entusiasmo meridional*, que es fácil encender y más fácil apagar.

Pero aquí se presenta otra consideración, que resulta para gloria de Dios.

Quien con mente serena medite el origen primero de aquella obra, que María quería alcanzase en pocos años fama tan grande, descubrirá ya en aquellas primeras trazas un gran intento divino, que no comprendí entonces.—¿Cuál era?—Hélo aquí.

Empieza la historia del primer año de este Santuario con una aurora de gracia, que preceden al dichoso día de su fundación.

En aquel año, primero del origen del Santuario de María, que ha sido ocasión de tantas maravillas del Señor sobre aquella árida tierra de paganos, encuentro que son *ocho* las gracias descritas en esta historia.

Es notable que *cinco* se lograron por intercesión de la Santísima Virgen del Rosario en el tiempo que precedió á la compra del terreno donde debía edificarse la Iglesia, es decir, en los meses de Febrero, Marzo y Abril. Y *tres*



sucedieron en los tres meses que siguieron á la bendición de la primera piedra fundamental del Santuario; es decir, desde el 8 de Mayo á todo Julio. Quién puede saber el por qué lo quiso así Dios? Nosotros, mortales, no podemos más que adorar las maravillas de Dios, más es permitido el meditarlas.

Aquellas primeras *cinco* gracias me recuerdan los primeros cinco misterios del Rosario. Y veo en esta idea un significado misterioso que la Santísima Virgen había de aclararme después de quince años, es á saber: que su predilecto Santuario de Pompeya, dedicado precisamente para celebrar su Rosario, habrá de tardar en construirse *tantos años cuantos son los misterios* que en el Santo Rosario meditamos, y que cual otras tantas preciosas margaritas brillan esplendorosas en su mística corona de rosas. Y esto es precisamente lo que ha sucedido. Este número, además me ha hecho entrever que la serie de acontecimientos que habrán de desarrollarse, llevará como impreso el carácter de los que se contemplan en el santo Rosario. En efecto, es de notar que de estas *cinco gracias*, que abren el curso y la serie de otras innumerables que á ellas están vinculadas, como las cuentas de la mística corona de María, la primera fuese otorgada á una inocente doncellita, niña de doce años, llamada Clorinda Lucarelli. La primera, pues, misericordiosa mirada de

María fijóse sobre la humilde y afligida inocencia. Lo cual nos recuerda cómo con la humildad é inocencia de Nazarét se nos descubre la grandiosa tela de misterios de nuestra redención, que se contemplan en el Santo Rosario.

Tambien las otras cuatro gracias tienen para mi un propio significado. El favorecido por una de ellas fuí yo mismo que esto escribo, por cuanto la recibió mi Madre, como para obligarme más y más por deber de gratitud á no desistir de mi empeño y del camino emprendido por ningún obstáculo que se me pusiese delante. La otra la recibió el padre del Rvdo. D. Genaro Tederici, primer compañero que para esta obra se me dió por el ilustrísimo Obispo de Nola.

La tercera fué otorgada á una madre joven Concepción Vastarella, la cual en medio de sus más horribles convulsiones, hallábase á punto de exhalar su postrer aliento juntamente con la criatura que llevaba en su seno, sin poder recibir las aguas regeneradoras del bautismo: gracia singularísima y feliz presagio de cuanto había de suceder después, en este templo destinado por María para salvar de la perdición á muchas almas. Y la quinta finalmente la recibió el sacerdote D. Antonio Varone. No me detengo á describir la perfecta armonía que guardan estas cuatro gracias con los otros cuatro primeros misterios porque es muy largo el camino que tengo que recorrer.



Pero antes me ocurre otra pregunta que hacer, y es esta. ¿Por qué la Virgen benditísima se dignó otorgar estas *cinco señaladas gracias* aun antes que se comprase el necesario solar para la edificación de su nuevo templo y cuando todavía ignorábase en que punto había de levantarse su nuevo Santuario? ¡Ah! Hoy viendo yo la soberana bondad de esta dulce y benditísima Madre, muchas son las razones que se me ofrecen de que ella habrá de mostrarse tan soberanamente liberal y tan largamente benéfica en favor de tantos pobres y menesterosos hijos suyos. Quería sin duda fortalecerme y al propio tiempo empujarme para que los primeros golpes del enemigo de todo bien no me hicieran retroceder.

Otro pensamiento más bello todavía se me ofrece hoy á este propósito. La voz de un mensajero celestial fué la precursora de la tan suspirada venida del Redentor al mundo; y la voz unida pero elocuentísima de tantos y tan extraordinarios prodigios había de ser cual sonriente aurora del gran día en que la clemencia divina descendería sobre aquella árida y desolada tierra del muerto Paganismo á fecundarla de nueva vida.

En las revelaciones de la Venerable María de Agreda, se lee que los ángeles de la más alta gerarquía fueron deputedos para la custodia de la casa y persona de la benditísima Madre de

Jesús cuando todavía vivía en carne mortal. Y de ahí que pienso que también uno de los más encumbrados espíritus, ha sido deputedo por Dios para vigilante centinela de esta nueva torre de David. Y páreceme hubo de ser nada menos que el Gloriosísimo Príncipe de la milicia celestial, que tiene por distintivo suyo un nombre que quiere decir *el más próximo á Dios*.

—*Quis ut Deus?* aquel Príncipe que es la boca, el soplo y el brazo de Dios, *Michael*. Y justamente el día en que la Iglesia celebra la fiesta de su aparición, era el designado en los inmutables decretos del cielo para dar *principio*, y después de tres largos lustros *el fin*, aquí en este solitario y abandonado sitio, á la *nueva Arca de alianza*, que había de conducir felizmente á su eterna salvación á millares y millares de los desgraciados hijos de Adán.

\*  
\* \*

Mas como las obras de Dios merecen ser meditadas, porque nunca el Altísimo obra un prodigio sino por fines muy elevados; por esto hoy, después de tantos y tan grandiosos acontecimientos verificados, puedo ciertamente elevar mis pensamientos haciendo alguna, bien que breve provechosa consideración acerca de la acción de Dios en aquel primer año de 1876.



Muy pocos días habían transcurrido desde que en Pompeya era venerada la Madre de Dios y poderosísima abogada de los pecadores, cuando hé aquí que bien pronto esta dulcísima Madre de misericordia, comenzó á dar espléndida prueba de que deseaba Ella colocar el trono glorioso de sus misericordias y de sus maternales finezas allí precisamente, sobre aquel suelo funesto, manchado de tantas obscenidades paganas, teatro de todos los horrores de la idolatría y de sus seculares y tristes ruinas.

Está hoy la sociedad á punto de naufragar en la fé cristiana, y la soberana Reina de las Victorias viene á socorrer á los pobres naufragos: y con el soberano poder que recibe de su Hijo divino, transforma maravillosamente aquel funesto lugar de la muerte, aquel horrible sepulcro del brutal paganismo en el centro de la vida y donde antes sólo había el horror de la muerte, su negrura, su escualidez y sus eternas ruinas, levanta ahora el hermoso, consolador y esplendente faro de la fé divina, para que los que hubiesen perdido ese divino reverbero, ese rayo vivificador de la eterna claridad, y andan á tientas y palpando tinieblas de muerte, perdido ya el camino de la vida y de su salvación, fijen sus tristes miradas en él, en ese faro salvador y les sirva de norte y guía en este provechoso mar del mundo. Sí, vengan acá los que se sienten necesitados de refrigerar

su espíritu con el suave bálsamo de la fé cristiana; vengan acá, á este Valle de Pompeya, á visitar á su divina Madre de misericordia, vida y esperanza nuestra; vengan todos los que se sienten como asfixiados con la morbosa y corrompida atmósfera del mundo, á respirar el vivificante oxígeno que se desprende de este Santuario de María. ¡Ah! Ella que es la «Virgen fiel» *Virgo fidelis*, tiene contados los gemidos y los latidos del corazón de cuantos la invocan, y los pasos de cuantos se dirigen al lugar de su predilección, y los galardona aun en esta vida con especialísimas gracias de su maternal protección.

No mira Ella el mérito de las personas, ni su condición, ni el rango que ocupan en la sociedad. «María no fiscaliza los merecimientos»—dice S. Bernardo.—*Maria non discutit merita*. Ella vuelve benignos y misericordiosos sus hermosos ojos á todos los que de corazón la invocan. Y, en nuestros días especialmente, mira con amor verdaderamente maternal á cualquiera que invocándola bajo el título tan soberanamente grato á Ella de *Reina del Santo Rosario*, concurre, aunque sea desde lejos, á la edificación de su nuevo Santuario.

Fuera de eso, es también digno de notarse cómo la Santísima Virgen del Rosario de Pompeya, al aparecerse á los hombres por vez primera bajo las formas con que vése pintada en



este Templo, no escogió para esa aparición á una niña inocente, como en las ya famosas montañas de Lourdes, ni á un santo monje, como sobre las cimas del Carmelo, á un B. Simón Stok ó á un San Guillermo sobre la cúspide del Montevirgen; ni á una virgen consagrada á Jesucristo y esposa suya muy querida, como la seráfica Madre Santa Teresa de Jesús, ó una Santa Catalina de Sena, ni á un unguido del Señor, ni á un santo Obispo, nó; sino á una *mujer casada*, una madre de muchos hijos, una señora, en fin, rica y de la clase muy elevada de la sociedad napolitana, *Juanita Muti*.

Querría quizá la soberana Reina de todo lo creado, mostrarnos ya desde un principio su misericordiosísimo designio, que aquí, en este su nuevo santuario, había de cumplirse, es á saber: que ella—cual Corredentora de la humanidad—desde este su nuevo trono de inefables misericordias, había de tender su benéfica y salvadora diestra á toda la sociedad, y que en esta nueva Sión acogería con grande benignidad bajo su maternal protección y amparo á todos sin distinción de clases, grandes y pequeños, nobles y plebeyos, sábios é ignorantes, justos y pecadores, pueblos y naciones y fieles de todos estados y condiciones, para á todos conducir y guiar á través de las hinchadas olas de este borrascoso mar en que todos navegamos, al suspirado puerto de paz y salvación eternas.

¡Oh! y como con tal ejemplo se dilata el corazón del seglar, del casado, del que bien á pesar suyo tiene que vivir en medio de los vaivenes y tumulto incesante del mundo! ¡Oh! como se abre su corazón á la esperanza, y una esperanza fundada en su maternal largueza de tan buena Madre de misericordia, que se complace en el hermoso título de Reina del Santo Rosario del Valle de Pompeya!

Sea como fuera, es muy cierto que para mí, á la sazón cual inesperto piloto que emprende un peligroso viaje á través del inmenso Océano, fué aquella aparición una prueba patente de que la Virgen bendita aceptaba con agrado mi árdua y atrevida empresa de *devolver la antigua Pompeya á una nueva vida*.

Hecha ya esta piadosa digresión, volvamos á continuar nuestra historia.

